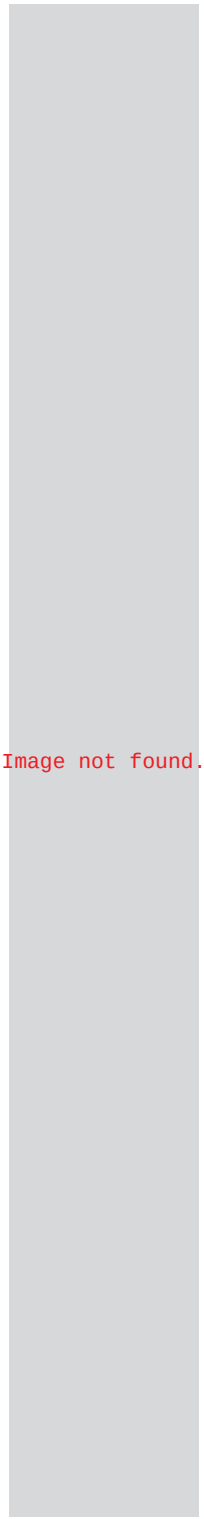
La espera

Flavia Schonfeld



Capítulo 1

LA ESPERA.

Ella espera, tiene siete años o tal vez ocho, está sola sentada en un tronco de un árbol talado hace tiempo que se quedó ahí, en el patio, como si le hubiesen dado permiso para seguir estando a pesar de no tener ya savia en sus venas. Está sentada con las manos en el regazo, imitando el gesto de las señoras mayores que esperan el paso inexorable del tiempo, solo esperando. ¿Esperando qué? Tal vez que pase el tiempo, y ser adolescente, o ya mayor, y vivir una vida propia, indefinida y ni siquiera proyectada. O tal vez esperando que el tiempo nunca pase, que se detenga en esa época donde la conciencia es inconsciente, donde se saben las cosas pero no se perciben en su total magnitud. Que el reloj se detenga en un tiempo sin tiempo, donde la niñez se perpetúe y no tenga que asumir nunca las responsabilidades de los adultos. Porque esas responsabilidades se ven duras, extenuantes, agotadoras y poco afortunadas. Sobre todo eso, poco afortunadas. El trabajo de los adultos da para comer, para vestirse, para vivir con apenas un poco de dignidad. El trabajo es duro, huele a transpiración, a brazos cansados y manos rudas y callosas. Huele a pasto, a polvo de tierra seca de enero, a lluvia y barro del invierno. El reloj de su vida aún no ha girado tanto, pero ya sabe de la rutina de los días, todos iguales. De las madrugadas silenciosas y calladas, de las siestas aburridas y de los atardeceres de puesta de sol que son un momento especial que sacude su espíritu inerte. Tirada en el pasto, boca abajo con los codos en el piso y las manos abiertas sosteniendo el mentón, mirando cómo el sol en el horizonte con sus pinceles de rayos dibuja figuras ininteligibles, que en su mente adquieren formas espectaculares, de castillos sinuosos y puentes de arquitecturas inexistentes, de montañas de siete colores y llanuras de luz y fuego. Y su mente vuela, vuela, vuela.

Me siento a su lado, sin decir nada, mis ojos en los suyos; no sostiene más que unos segundos la mirada y ésta vuelve allá, al horizonte, a la espera. ¿Es ella o soy yo; existe o es una fantasía de mi imaginación que regresa a algún lugar de tiempo y espacio y me hace recordarme? Solo hay una cosa que la saca de su rutina, la casa de los abuelos. Esa casa enorme, que está suficientemente cerca para ir caminando, pero no tanto como para ir sola. Hay que cruzar el piquete de los chañares. Allí está la laguna y los teros. El terror a su corta edad la representan esos teros, aves negras con penacho que vuelan rasante sobre su cabeza gritando alertas, que amenazan con robarse la solera con la que cubre su cabeza del sol. Pero vale la pena el riesgo. En la casa de los abuelos hay árboles frutales, en su casa hay más pero hay un placer especial en oler esas naranjas, en escuchar a los pájaros acurrucados en las ramas de los ligustros. El molino de aspas que giran con el viento, y lo mejor, el sótano. Allí se guardan exquisiteces caseras: jamones, chucrut, salames.

Pero no es el placer de saborearlos, en su casa también los tiene. Es el misterio que ronronea sobre todo lo que está en ese sótano, heladera rural de épocas pasadas cuando la luz eléctrica era impensada en esos parajes rurales de colonias de inmigrantes alemanes. La tapa que se abre con el ruido enmohecido de los goznes, bajar peldaño a peldaño la escalera crujiente de madera, pasos mágicos que la conducen a un lugar fuera del tiempo y del espacio. No hay brujas ni pesadillas ni misterios. Nada extraordinario acontece cuando lo cotidiano se tiñe de asombro, no por lo inesperado, sino por lo mágico de la mente que lo imagina. Es ella, soy yo hace cincuenta y tantos años atrás rebuscando en mi memoria la causa de mis propias tristezas… Tal vez sí existan personas que nacen tristes, a pesar de las risas y de los juegos. Tristeza nostálgica que me acompaña aún en los momentos felices. Tristeza amiga, compinche y confidente. Que me hace quererte, acomodarme a tus tiempos y hasta extrañarte cuando por ahí te vas un rato de paseo. Tristeza que no es sinónimo de fracaso ni amargura, que no paraliza. Tristeza que muchas veces dibujó sonrisas y carcajadas, compañera de ruta, que no me deja ni quiero que se vaya. Que está presente en este tiempo de pandemia y de espera. Tácita espera…sonriente tristeza.